

COLECCIÓN ARIEL

MISCELÁNEAS Y DOCUMENTOS DE EDUCACIÓN POPULAR

SE PUBLICA QUINCENALMENTE EN SAN JOSÉ DE COSTA RICA, A. C. — APARTADO 533

Fragmentos de un discurso ⁽¹⁾

A los jóvenes

La riqueza

Quando, para emplear una frase detestable, afrontéis la batalla de la vida, os encontraréis cara á cara con un dogma perfectamente arraigado, en virtud del cual se tratará de imponeros la creencia en el todo poderío de la riqueza. Esta concepción os envolverá y os dominará. Algunos de vosotros sucumbiréis al contacto de su esencia envenenada. Ahora, yo no os pido que huyáis de la vida activa y atormentada. Esto sería exigir de vosotros una fuerza superior á la del término medio de los hombres. Pero sí os pido que después de haber satisfecho vuestros primeros ardores por la lucha, os detengáis á respirar y consideréis un instante á vuestros camaradas.

Tarde ó temprano, distinguiréis entre ellos á un hombre para quien la riqueza en sí nada significa, un hombre indiferente á los medios de amontonar riquezas y que no aceptará la plata si las condiciones para ganarla le repugnan. Desde luego sentiréis ganas de reiros de este hombre y de pensar que no tiene ideas sanas. Os propongo, sin embargo, que lo observéis atentamente, pues no tardará en demostraros que la plata ejerce un dominio absoluto sobre todo hombre, menos sobre él, que no la desea. Este hombre puede hallarse en vuestro caserío, en vuestra ciudad, en el mundo

político, no importa adonde. Pero estad seguros de que doquiera y siempre, cuando tengáis algo que ver con él, su meñique tendrá más fuerza que todos vuestros músculos. Vosotros haréis todo lo que él quiera. Sin embargo, él no procederá como vosotros quisieráis. Notaréis que no tenéis á vuestro servicio ninguna arma eficaz para atacarlo, y no hallaréis un solo argumento capaz de convencerlo. Por mucho que ganéis, él ganará más que vosotros.

Me gustaría que estudiáseis á ese hombre; me gustaría más aún que fuésetis ese mismo hombre, pues considerando la cuestión desde los más bajos puntos de vista, nada sacamos con estar obsediados por el deseo de la riqueza. Si necesitáis ser más ricos por alguna razón impersonal, servíos de la mano izquierda para adquirir esta riqueza, pero guardad la diestra para la obra seria que tenéis que realizar en la vida. Si empleáis ambas manos en amontonar dineros únicamente porque son dineros, corréis el riesgo de veros obligados á rebajaros.... y vuestro corazón estaría en un gran peligro. Apesar de todo, podéis alcanzar el éxito y adquirir enormes riquezas... Os advierto que entonces quedaréis señalados para que se diga de vosotros y se escriba que sois hombres hábiles... Y esta es una de las más terribles calamidades que pueden agobiar hoy á un hombre blanco, sano y civilizado!

La juventud

...Se dice que la juventud es la época de la esperanza, de la ambición y de las grandes aspiraciones y que la última exhortación que los jóvenes necesitan es la de ser alegres. Yo sé y algunos de vosotros

(1) El célebre escritor inglés Kipling dijo hace poco estas palabras á los estudiantes de la Universidad de McGill, en Montreal. Es interesante decir lo que piensa sobre la juventud y la riqueza este siempre joven y bien rico novelista contemporáneo.

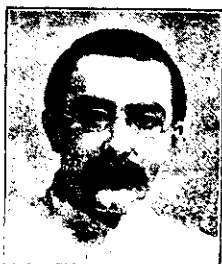
debéis saberlo también, que la juventud puede ser una época de gran depresión moral, de duda y de vacilaciones crueles... Inquietudes tanto más perniciosas cuanto que entonces nos parecen peculiaridades de nuestro yo é incommunicables á los amigos. Hay profundas tinieblas que á veces envuelven las almas de los jóvenes; es una desolación horrible, un sentimiento de impotencia, de soledad y de abandono... Es uno de los más infernales períodos

que vosotros mismos no sois una cantidad suficiente para que se os tome en cuenta por las potencias que están encima y debajo de nosotros. En otras palabras, tomado todo en serio, menos á vosotros mismos.

RUDYARD KIPLING

(Trad. de ARTEL.)

Somos pobres por vuestras riquezas, pero vosotros sois ricos gracias á nuestra pobreza. BONDAREFF.



KIPLING

que un hombre tenga que atravesar en la vida.

Esto de que os hablo yo lo conozco y se debe á varias causas diferentes, de las cuales la que más importa es el «egotismo» (1) propio del animal humano. Pero puedo decir, para alivio vuestro, que el remedio principal consiste en interesaros del todo por algo que no sea vosotros, por las penas de los demás ó mejor aún, por sus alegrías.

Pero si, como sucede, la hora sombría no se desvanece; si, como sucede, las nubes no hacen más que amontonarse á vuestro alrededor, permitidme que os diga que hay muchos mentirosos en el mundo, pero que entre ellos no hay ninguno comparable con nuestras sensaciones. Para vosotros la desesperación y la tristeza nada significan, pues aun nada habéis dicho y hecho que sea imborrable, irremediable, irreparable. Si por una razón cualquiera, no podéis creer ó aprender á creer en la infinita bondad de la Providencia que á todos nos ha creado, por lo menos creed

La criadita

Pequeñuela, enclenque, pajiza, harapienta, con unos ojazos dulces y estúpidos, era quien por el estío llevaba los huevos frescos y la leche de la granja al castillo. Al entrar en la cocina decía «Aquí está», y se quedaba de pie junto á la puerta, esperando que la respondiesen «Está bien», mirando la batería de cocina, cuyo cobre relumbraba al sol, retorciéndose embobada con los dedos el delantal de algodón. El cocinero, vestido de blanco y serio, se le aparecía como un personaje extraño, casi imaginario y lejano, á pesar de estar allí. Era hija de un hombre que trabajaba en la granja y de una mujer que había muerto. Pocas personas sabían que se llamaba Germana; como se la encontraba á menudo apacentando ánades, vara en mano, en las verdaderas festoneadas de espinos, llamábanla la Varera. Un día el señor cura, con el breviario debajo del brazo, pasó junto á ella y la dió con dos dedos un golpecito en la mejilla, diciendo: «Je, je!». Aquella carantoña y aquel «Je, je!» eran poco más ó menos toda su historia; la recordaba con interés todos los días. Sus ánades eran muy malas con ella, sobre todo una, la más grande. Hubiera preferido ser pastora de carneros, porque estos son pacíficos y se puede triscar con ellos. Pero era demasiado pequeña. Quizá más tarde se realizaría su ensueño. Iba á cumplir ocho años por Pascua Florida.

Una vez la dijo el cocinero: «Hay gente á comer. Quédate. Ayudarás.» Eso si que era otra cosa, y no el carifñito del señor cura! Estaba or-

(1) Culto del yo.

gulosísima; comprendió que decididamente entraba en la vida social. En la repostería, donde comió, hicieronla beber vino; era la primera vez que bebía «agua roja», como ella decía. Hizo un gesto y dejó el vaso; pero el cocinero, que con su aspecto solemne era un hombre muy alegre, la obligó dos ó tres veces á beber, para reírse. Emborrachóse ella, y estuvo charla que charla. Contaba su gran aventura con el señor párroco, y que lasocas la picoteaban á veces hasta el hueso en las pobres pantorrillas desnudas. La hicieron beber más. Estuvo muy mala, teniendo que acostarse en la cocina en dos sillas, con los flacuchos brazos colgando. «Tonta!» dijo el cocinero. Tenía pálida la cara y fijos los ojos. Sufría y se quejaba, sin comprender. Luciano, el hijo de la baronesa, un chicuelo de diez años, pasó por allá, y al ver aquella niña que estaba enferma, la pellizcó hasta hacerla sangre en uno de los arrugados y rojos brazos. Dió un grito y le miró. Llevaba un traje de terciopelo azul y una gran gorguera de blonda de seda torcida, sobre la cual se agitaban unos rizos de cabellos rubios. Sonrióse ella y bajó dos ó tres veces la cabeza en señal de consentimiento; se acordó de los gansos, que también eran malos, pero no tan bonitos; y levantándose hasta el hombro la harapienta manga, acarició largo tiempo con gusto el daño que se le había hecho.

Más adelante, se interesó por ella la baronesa. Cuando se resolvió que la llevarían á París para convertirla en una doncellita de labor, se puso muy contenta á causa de Luciano, y muy triste á causa de las ánales. Las llevó á pastar una vez más por mucho tiempo, y las decía: «Anda, que yo voy á París y vosotras no vais.» Sentóse al borde del camino entre las ramas espinosas que la punzaban, dejándolas hacer, mirando las tierras de labor, los prados, los tres pobos rectos y puntiagudos en medio de la llanura, y allá abajo el horizonte. Decía adiós inconcientemente. Fué á beber agua en una charca, detrás del seto. Debajo de una rama cogió un nido de ruiseñores de pared, un nido vacío, seco, del año anterior,

y se lo llevó como un recuerdo. Acarició á los gansos, uno tras otro; y pensó que un ganso que tuviera un traje de terciopelo azul y una gorguera de blonda de seda torzal sería muy bonito; y besó tiernamente en el cuello á la mayor de aquellas aves, la que era muy mala.

En París vivió en el hueco de una ventana, junto á la antecámara, marcando pañuelos y remendando trapos de cocina. Habíanla enseñado á coser, pero no la enseñaron á leer. Para las personas de la condición de Germana no es saludable la lectura. Leer induce á pensar; y, una vez que se piensa, ya no se repasan tan bien las camisas. La servidumbre toda la estimaba poco, porque era silenciosa, obediente y devota de su ama. Nunca salía, á no ser los domingos, para ir á la iglesia. Mostrábase muy piadosa, sin comprender. Todas las noches decía: «Padre nuestro que estás en los cielos...» No conocía en París nada más que la calle que estaba delante de su ventana; los transeuntes le parecían personajes extraordinarios, de diferente especie que ella; los carruajes, una cosa extraña; admiraba los adoquines. Pasó dos veces la Pascua Florida. Seguía corriendo. Continuaba siempre con sus ojazos estúpidos y dulces. Jamás alma alguna estuvo tan sola como la suya. Sin embargo, no estaba triste. Veía algunas veces á su amito, tan altivo, tan bien puesto. Cuando entraba éste en el cuarto donde cosía ella sentada desde la mañana á la noche, temblaba con todo su cuerpo; y sin levantar cabeza, seguía cose que cose, precipitando las puntadas, pinchándose en los dedos. Un día, la dijo él de pronto: «Ven á jugar». Levantóse ella estupefacta y con la boca abierta, como ante un milagro. Aquel día llevaba él un vestido de terciopelo negro con trencillas de oro. Jugaron. Luciano se puso á horcajadas sobre una silla tumbada en el suelo, de la cual tiraba Germana á guisa de caballo. El pesaba ya bastante y ella era aún muy débil; jadeaba estasiada. Para hacerla correr más, dábala él de puñetazos en la espalda. «O Dios mío, Dios mío!» repetía ella con arrobamiento. I dijo él: «Necesito un látigo.» Corrió

ella á la cocina y trajo una vara muy gruesa que se usaba para sacudir el polvo á la ropa. Luciano se valió de ella. Era ya muy fuerte. Azotaba él, corría ella diciendo: «Ah señor, señor!» y lloraba de gozo con sus verdugones. Por la noche en la cocina, después de haber comido con los criados, sentada aún

ARTE SUECO



MUSEO NACIONAL.—Carl J. Eldh.—LA INOCENCIA

á la mesa, cerró los ojos con lentitud, sonrióse y la oyeron murmurar: «Que bueno estaba aquello!» El cocinero la dijo: «Golosa!»

Un día Luciano robó de la alacena una botella de vino de España. Por aquella época fumaba ya Luciano cigarrillos en los rincones. Le interrogaron y respondió: «He visto á Germana llevarse una botella.» La baronesa hizo llamar á la criada: «Eres tú quien ha robado la botella? Luciano interrumpió: «Es ella.» Germana dijo: «Yo soy.» La baronesa dió un cachete á Germana. «Bien hecho» dijo Luciano.

«Sí, bien hecho,» repitió Germana.

Pasó tiempo. Ella continuaba siendo flaca y ruin, pequeñita. Y fea? Sí, con manchas rojizas en las mejillas, en la nariz, en la frente. Sus grandes ojos, de mirar bondadoso y vago, eran como los de una oveja. Llevaba un vestido negro, estrecho, que caía recto desde los hombros á los tobillos; solo el cinturón indicaba el talle. A la sazón, Luciano era ya un mocito. Una noche la dijo: «Mamá no quiere que me den la llave de la puerta principal. Me veo obligado á tocar, advierten que entro tarde, y me regañan. Escucha: no te acuestes, daré una palmada y sales á abrirme sin meter ruido.» Era en invierno. Algunas veces quedábase ella hasta el amanecer, sin dormir, en un cuarto sin lumbré, al atisbo de la seña. Luego bajaba con una lamparilla en la mano. Necesitaba atravesar el patio del palacio. Algunas veces había nevado. Para no hacer ruido, no se ponía los zapatos. Andaba con los pies desnudos por la nieve. Envolvíala el cierzo. La castañeteaban los dientes. Cogió un catarro que ya no se le quitó. Abrió la puerta, quitando una gruesa barra transversal que la helaba las manos. Luciano decía: «Siempre me haces aguardar. Me hielo.» Una vez le respondió ella: «De ahora en adelante, esperaré en el patio.» Y así lo hizo. El invierno era muy frío.

Una noche Luciano volvió borracho. Venía de algún baile de máscaras. Estaba de veras muy guapo con su traje verde y rosa, un disfraz de paje. «Oh!», exclamó Germana levantando la lámpara. Subieron juntos por la escalera de servicio. Pegaba trompicones contra la pared, canturreando este estribillo de una opereta entonces en boga: «*Cierta día, al pasar por Meudon, una joven polaca...*» y todo lo que sigue. Ella escuchaba, admirándose. Tropezó él. Al incorporarse, volvió la cabeza. Miró á Germana. Estaba beodo. Era una mujer. Bah! La agarró por la cintura y la besó bruscamente en los labios. Estremecióse toda, como un ave que se sacude las plumas, y cayó sin sentido en los peldaños juntamente con la lámpara, que se hizo trizas. «Al diablo la tonta!», exclamó Lu-

ciano, huyendo por temor á que el ruido hubiera causado alarma.

Germana ya no trabajó más en el hueco de la ventana, junto á la antecámara. Tomó la costumbre de sentarse desde la mañana en un peldaño de la escalera de servicio, siempre el mismo, y de coser allí. Los criados burláronse de ella, y los dejó que hablasen. Se había vuelto estraña. Algo se había encendido dentro de sus dulces ojos, de mirar menos vago. Canturreaba á media voz durante mucho tiempo una tonadilla siempre la misma: «*Cierto día, al pasar por Meudon, una joven polaca...*» Cantaba esto á veces muy alegremente y de prisa, otras con suma lentitud, detallando las sílabas, prolongando las notas. Aquel tarareo tenía entonces una tristeza infinita. «*Una joven polaca me dijo: Caballerito, perdón...*» y de pronto se deshacía en lágrimas. Encontrábase muy feliz.

Luciano se formalizó. Tratóse de casarle. La señorita era rica y bonita. Se enamoró de ella. «Casados pronto» dijo él. Los casaron. Germana fué puesta al servicio de los nuevos esposos: ella misma había pedido este favor. El día de boda estuvo desde la mañana en el aposento nupcial. Iba, venía, correteaba, ponía los muebles en su sitio, colocaba las flores en las jardineras, sonreíase, exclamaba: «Esto es muy bonito, aquí» y jamás había estado tan contenta. Llevaba puesto un trajecito que la dió la novia. Y repetía: «Señor Luciano... señor Luciano... bienaventurado... bienaventurada.» Por la noche pensó que en aquel momento estarían bailando en la boda, y se puso á bailar también, cantando con ritmo de vals: «*Cierto día, al pasar por Meudon...*» Hacia media noche, ayudó á la recién casada á desnudarse. El dormitorio, con colgaduras pálidas y apenas iluminado, estaba misterioso y encantador. «Qué guapa es usted!» dijo á la esposa. Avivó el fuego, alineó con esmero las almohadas del lecho conyugal, besó furtivamente el que estaba más cerca del borde, y dijo riéndose á Luciano que entraba: «Buenas noches, señor Luciano.»

Una hora más tarde salió de la casa. Iba á escape, en derechura.

En las calles, nadie. Había llovido. El cielo, muy nublado y oscuro, tenía acá y allá claros bruscos llenos de estrellas; la luz de los reverberos se reflejaba en las húmedas losas. Germana caminaba á lo largo de las casas. Iba muy alegre. Cantaba al andar. Anduvo más de una hora. Oyó un gran ruido, suave y uniforme, el de un río que corre. Se metió por el Puente Nuevo. Cuando llegó en medio se detuvo, miró á su alrededor, vió que estaba sola, y se puso á hablar en voz baja. Lo que decía era una oración: «*Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...*» Interrumpióse algunas veces en el rezo, para volver á la canción. Se subió en el pretil («*Cierto día, al pasar por Meudon...*»), miró el agua, se quitó el delantal, arrancó la cinta («*una joven polaca...*»), arrolló la falda en torno de sus flacas pierne-cillas, la sujetó con la cinta cual si temiese que alguien la viesese desde abajo las piernas («*me dijo: Caballerito, perdón... perdón... Padre nuestro, que estás en los cielos... perdón... perdón...*») y desapareció debajo del agua, que en aquel sitio, reflejaba un claro del cielo, que estaba enteramente azul y lleno de estrellas.

CÁTULO MENDES

Cuentos Escogidos. 1 Vol. págs. 77 á 90. Trad. de *La España Moderna*. Madrid.

Desgraciado del que desee ser parásito! Será gu-sano. V. HCGO.

Cristo ha muerto!

— Esa gente sufre y calla, Fermín, porque las euseñanzas que heredan de sus antecesores son más fuertes que sus cóleras. Pasan descalzos y hambrientos ante la imagen de Cristo; les dicen que murió por ellos, y el rebaño miserable no piensa en que han trascurrido siglos sin cumplirse nada de lo que aquél prometió. Todavía las hembras, con el femení sentimentalismo que lo espera todo de lo sobrenatural, admiran sus ojos que no ven, y aguardan una palabra de su boca, muda para siempre por el más colosal de los fracasos. Hay

que gritarles: «No pidáis á los muertos: secad vuestras lágrimas para buscar en los vivos el remedio de vuestros males».

Salvatierra se exaltaba, elevando su voz en el silencio del crepúsculo. El sol se había ocultado, dejando sobre la ciudad una aureola de incendio. Por la parte de la sierra destacábase en un cielo de color de violeta la primera estrella anunciadora de la noche. El revolucionario la miraba, como si fuese el astro que había de guiar hacia más amplios horizontes la muchedumbre del llanto y del dolor; la estrella de la Justicia, alumbrando pálida é indecisa la lenta partida de los rebeldes, y agrandándose hasta convertirse en un sol, así como se aproximaban á ella, escalando alturas, aplastando privilegios, derribando dioses.

Los grandes ensueños de la Poesía acudían á la memoria de Salvatierra y hablaba de ellos á su acompañante con la voz trémula y sorda de un profeta en plena visión.

Un estremecimiento de las entrañas de la tierra había conmovido un día al mundo antiguo. Los árboles gimieron en los bosques, agitando sus melenas de hojas, como plañideras desesperadas; un viento fúnebre rizó los lagos y la superficie azul y luminosa del mar clásico que había arrullado durante siglos en las playas griegas los diálogos de los poetas y los filósofos. Un lamento de muerte rasgó el espacio, llegando á los oídos de todos los hombres. «*El gran Pan ha muerto!*...» (!) Las sirenas se sumergieron para siempre en las glaucas profundidades, las ninfas huyeron despavoridas á las entrañas de la tierra para no volver jamás, y los templos, blancos, que cantaban como himnos de mármol la alegría de la vida bajo el torrente de oro del sol, se entenebrecieron, sumiéndose en el silencio augusto de

las ruinas. «Cristo ha nacido», gritó la misma voz. Y el mundo fue ciego para todo lo exterior, reconcentrando su vista en el alma; y aborreció la materia como pecado vil, y oprimió los sentimientos más puros de la vida, haciendo de su amputación una virtud.

El sol siguió brillando, pero pareció menos luminoso á la humanidad, como si entre ella y el astro se interpusiera un velo fúnebre. La naturaleza continuó su obra creadora, insensible á las locuras de los hombres; pero éstos no amaron otras flores que las que transparentaban la luz en las vidrieras de las ojivas, ni admiraron más árboles que las palmeras de piedra que sostenían las bóvedas de las catedrales. Venus ocultó sus desnudeces de mármol en las ruinas del incendio, esperando renacer tras un sueño de siglos, bajo el arado del rústico. El tipo de belleza fue la virgen infecunda y enferma, enflaquecida por el ayuno; la religiosa, pálida y desmayada como el lirio que sostenían sus manos de cera, con los ojos lacrimosos, agrandados por el éxtasis y el dolor de ocultos cilicios.

El negro ensueño había durado siglos. Los hombres, renegando de la naturaleza, habían buscado en la privación, en la vida torturada y deforme, en la divinización del dolor, el remedio de sus males, la fraternidad ansiada, creyendo que la esperanza del cielo y la caridad en la tierra bastarían para la felicidad de los cristianos.

Y he aquí que el mismo lamento que anunció la muerte del gran dios de la Naturaleza, volvía á sonar como si reglamentase, con intervalos de siglos, las grandes mutaciones de la vida humana. «Cristo ha muerto!... Cristo ha muerto!»

—Sí; ha muerto hace tiempo— continuó el rebelde.—Todas las almas oyen este grito misterioso en sus momentos de desesperación. En vano suenan las campanas cada año anunciando que Cristo resucita... Resucita sólo para los que viven de su herencia. Los que sienten hambre de justicia y esperan miles de años la redención, saben que está bien muerto y que no volverá,

(!) *Pan*: Dios griego. Gobernaba los rebaños y los prados. Cuando las ideas orientales invadieron á Grecia y Roma, *Pan* se convirtió en un dios supremo, creador y rey del mundo, idéntico á la naturaleza ó á la universalidad de los seres. (*Pan*, todo). Con el nombre de *El gran Pan*, los *fanteístas* han designado á la Naturaleza.

como no vuelven las frías y veleidosas divinidades griegas.

Los hombres, siguiéndole, no habían visto un horizonte nuevo: habían caminado por senderos conocidos. Sólo cambiaban el exterior y el nombre de las cosas. La humanidad contemplaba á la luz cericenta de una religión que maldice la vida, lo que antes había visto en la inocencia de la infancia. El esclavo redimido por Cristo era ahora el asalariado moderno, con su derecho á morir de hambre, sin el pan y el cántaro de agua que su antecesor encontraba en el ergástula (1). Los mercaderes arrojados del templo tenían asegurada la entrada en la gloria eterna y eran los sostenes de toda virtud. Los privilegiados hablaban del reino de los cielos como de un placer más que añadir á los que disfrutaban en la tierra. Los pueblos cristianos se esterminaban, no por los caprichos y los odios de sus pastores, sino por algo menos concreto, por el prestigio de un trapo ondeante, cuyos colores les enloquecían. Se mataban fríamente hombres que no se habían visto nunca, que dejaban á sus espaldas un campo por cultivar y una familia abandonada; hermanos de dolor en la cadena del trabajo, sin otras diferencias que la lengua y la raza.

En las noches de invierno, la gran muchedumbre de la miseria pululaba en las calles de las ciudades, sin pan y sin techo, como si estuviese en un desierto. Los niños lloraban de frío, ocultando las manos bajo los sobacos; las mujeres de voz agudentosa se encogían como fieras en el quicio de una puerta, para pasar la noche; los vagabundos sin pan, miraban los balcones iluminados de los palacios ó seguían el desfile de las gentes felices que, envueltas en pieles en el fondo de sus carruajes, salían de las fiestas de la riqueza. Y una voz, tal vez la misma, repetía en sus oídos, que zumbaban de debilidad: «No esperéis nada. Cristo ha muerto!»

El obrero sin trabajo, al volver

á su frío tugurio, donde le aguardaban los ojos interrogantes de la hembra enflaquecida, dejábase caer en el suelo como una bestia fatigada después de su carrera de todo un día para aplacar el hambre de los suyos. «Pan, pan!» le decían los pequeñuelos esperando encontrarlo bajo la blusa raída. Y el padre oía la misma voz, como un lamento que borra toda esperanza: «Cristo ha muerto!»

Y el jornalero del campo que, mal alimentado con bazofia, sudaba bajo el sol, sintiendo la proximidad de la asfixia, al detenerse un instante para respirar en esta atmósfera de horno, se decía que era mentira la fraternidad de los hombres predicada por Jesús, y falso aquel dios que no había hecho ningún milagro, dejando los males del mundo lo mismo que los encontró al llegar á él... Y el trabajador vestido con un uniforme, obligado á matar en nombre de cosas que no conoce á otros hombres que ningún daño le han hecho, al permanecer horas y horas en un foso, rodeado de los horrores de la guerra moderna, peleando con un enemigo invisible por la distancia, viendo caer destrozados miles de semejantes bajo la granizada de acero y el estallido de las negras esferas, también pensaba con estremecimientos de disimulado terror: «Cristo ha muerto, Cristo ha muerto!»

Sí; bien muerto estaba. Su vida no había servido para aliviar un sólo de los males que afligen á los humanos. En cambio, había causado á los pobres un daño incalculable predicándoles la humildad, infiltrando en sus espíritus la sumisión, la creencia del premio en un mundo mejor. El envilecimiento de la limosna y la esperanza de justicia ultraterrena habían conservado á los infelices en su miseria por miles de años. Los que viven á la sombra de la injusticia, por mucho que adorasen al Crucificado, no le agradecerían bastante sus oficios de guardián durante diecinueve siglos.

Pero los infelices sacudían ya su atonía: el dios era un cadáver. No más resignación. Ante el Cristo muerto había que aclamar el triun-

1. Prisión subterránea en donde los Romanos encerraban á los esclavos condenados á trabajos penosos.

fo de la Vida. El cadáver inmenso aun pesaba sobre la tierra, perlas muchedumbres engañadas se agitaban ya, dispuestas á sepultarle. Por todos lados se oían los vagidos del mundo nuevo que acababa de nacer. La Poesía que profetizó vagamente la llegada de Cristo, anunciaba ahora la aparición del gran Redentor, que no había de encerrarse en la debilidad de un hombre, sino que encarnaría en la inmensa masa de los desheredados, de los tristes, con el nombre de Rebelión.

Los hombres comenzaban de nuevo su marcha hacia la fraternidad, el ideal de Cristo: pero abominando de la mansedumbre, despreciando la limosna por envilecedora é inútil. A cada cual lo suyo, sin concesiones que denigran, ni privilegios que despiertan el odio. La verdadera fraternidad era la Justicia social.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ (1)

La Bodega. 1 Vol. págs. 247 á 254. Ed. de la Casa Sempere y Cía. de Valencia, España.

Las cárceles y presidios son las escuelas del crimen. EMILIE DE GIRARDIN.

La dulzura para con los hijos

MICION.—(A la puerta de su casa, hablando á un siervo, que está dentro).—Estorax!... No volvió Esquino anoche de la cena? Ni criado ninguno de los que fueron por él? Realmente que es verdad lo que dicen amenudo: que cuando uno está de alguna parte ausente, ó se detiene allá, le vale más que le acaezca lo que de él dice su mujer, ó lo que de él imagina en su pensamiento muy colérica, que no lo que los padres amorosos. Tu mujer, si te detienes, ó piensa que andas en amores, ó en banquetes, y dándote buena vida; y que para ti solo son los goces y ella pasa los trabajos. Pero yo, por no haber vuelto mi hijo, qué de cavilaciones! Qué de cosas ahora ne dan congoja! Que se me haya resfriado; que haya caído en alguna sima: que se haya lisiado en su persona. Bah! qué

hombre habrá en el mundo que tenga en su corazón cosa más amada que cada uno es de sí mismo? Además, éste no es hijo mío, sino de mi hermano. El cual, desde su mocedad, es de condición muy diferente á la mía. Yo seguí esta vida ociosa y tranquila de la ciudad, y jamás he sido casado: cosa que por ahí se tiene á dicha. El, por el contrario, quiso más vivir en el campo, y darse una vida de escasez y de trabajos. Casóse; nacióronle dos hijos, de los cuales tomé yo por adoptivo éste mayor. Hele criado desde niño; hele tenido y querido como si fuera mío; él es todas mis delicias; solo él es mi amor. Procuero con diligencia que él también me quiera: doyle cuanto necesita, pásóle muchas cosas, pues no tengo para qué tratarle en todo con rigor; finalmente, las cosas que otros hacen á espaldas de sus padres, que son aquellas que la mocedad trae consigo, hele vezado á mi hijo á que no me las encubra. Porque el que se acostumbra á mentir, ó se atreviere á engañar á su padre, tanto más se atreverá á todos los demás. Yo creo que es mejor que los hijos cumplan su deber enfrenados por la vergüenza y benignidad, que con rigor. Esto no le cuadra á mi hermano, ni le parece bien. Cien veces me ha venido dando voces: «Qué haces, Micion? por qué nos echas á perder este mozo? por qué anda en amores? por qué en banquetes? por qué le das tú para todo esto qué gastar? Llévasle muy pintado de vestidos: eres demasiadamente simple». Y él también es demasiadamente riguroso: más de lo que pide la razón. Y á mi parecer va muy engañado el que piensa que es más firme y más seguro el señorío que se administra con rigor, que el que con amor se atrae. Mi parecer es este, y yo así lo entiendo: que el que hace su deber, forzado por castigos, mientras teme que se sabrán sus culpas, guárdase; pero, si confía que se podrá encubrir, á su condición se vuelve. Pero el que atraéis por amor, hácelo de voluntad, procura pagaros en lo mismo: en presencia y en ausencia será el mismo. Éste es el oficio del padre: antes vezar al hijo á que haga su deber de buena voluntad, que por temor

(1) Vigoroso y popular novelista español contemporáneo.

de nadie. Tal es la diferencia entre el padre y el señor; y el que no la puede observar, confiese que no sabe criar hijos.

P. TERENCIO AFRICANO (1)

Adelphoe (Los Hermanos) Trad. española de la «Biblioteca Clásica», Madrid.

Trabaja, gánate la vida con tus esfuerzos personales; las manos del hombre que vive ocioso son las de un pícaro. PHOCLIDE.

Islas coralinas

Trad. de ARIEL

Fué Humboldt (2) quien primero comprobó el hecho interesante de que los corales evitan las costas en donde predomina la actividad volcánica. El Pacífico está lleno de formaciones coralinas que faltan, sin embargo, en todas las regiones de las islas volcánicas. Pero este hecho no es el único que se ha observado con respecto á las condiciones locales que determinan la existencia de los corales que construyen arrecifes. Fuera del agua del mar, estos animales mueren al instante. No prospera el coral en las desembocaduras de los ríos en donde el agua es un poco turbia y más fresca. Es un animal que depende del clima y no prospera sino en ciertas condiciones locales. En general, su círculo de difusión se

(1) Famoso poeta latino. (200 años antes de J. C.) En sus comedias pinta con mucho arte las costumbres y la naturaleza.

(2) Viajero, naturalista y geógrafo alemán (1769-1859).

reduce á una faja que se extiende por ambos lados del Ecuador, en la cual la temperatura del agua por lo menos es de 20 grados centígrados. Esta faja está comprendida entre el grado 20 de latitud Norte y el 25 de latitud Sur. Tampoco existen los corales en aquellos puntos de esta zona en que el agua es notablemente más fresca á causa de la fría corriente polar, como acontece en la costa occidental de Sud América y en la de China. Su mayor desarrollo lo alcanzan en las islas de la India occidental, en las costas del Mar Rojo, en el Océano Indico y en el Pacífico. Las grandes profundidades también obstaculizan la prosperidad de los corales. Por lo común no llegan á más de 40 metros bajo el nivel del mar: sin embargo en la llamada antiplanicie de Pourtelius (en la costa de América) se halló un arrecife que contiene corales á la profundidad de 540 metros. El coral es un minúsculo animalito gelatinoso, que deposita una sustancia calcarea y origina en su parte interna juvenes yemas, que no se desprenden del individuo materno, sino que á él permanecen unidas mediante depósitos calcareos; con el tiempo se forman interminables masas de tal modo compuestas. Pero el material de las islas coralinas no se compone solo de estas formaciones: á ellas se unen inmensas cantidades de otros elementos que concurren á la constitución de arrecifes cuyos residuos forman masas calcareas.

AMAND SCHWEIGER LERCHENFELD

Lecture Storiche e Geografiche de Bonacci y Oberti. Págs. 310 y 311.

El Viernes Santo de Don Quijote

Fue una visión tan rara como fugaz. Caía dulcemente la tarde del más hermoso día. El sol, al sumergirse por entre un mar de fuego, bañaba con sus oros el paisaje manchego. Era en abril. Los pájaros volaban á millares, batía un viento alegre los viejos encinares; y de la esquila al eco dulzón, entre los riscos pasaban los rebaños buscando sus apriscos.

De pie, bajo una encina secular, don Quijote evocaba sus lances más famosos... El mote de su blasón corría sin duda por el mundo y él era para todos el héroe sin segundo. Sin duda la memoria de aquellos caballeros de los pasados siglos, tan bravos como fieros, tan nobles como bravos, quedaba oscurecida ante los esplendores de su gloriosa vida. Qué espada haber podía más firme que su espada vencedora de todo? Qué mano más templada que su incansable mano? Qué ánimo más brioso que su ánimo, enemigo del sueño y del reposo, que arrolló en hora aciaga cuanto halló en su camino, ejércitos de ovejas y lanzas de molino? El era el Caballero de la Triste Figura, que desde luengos días, en eterna aventura, se iba por donde quiera pregonando la fama de su Dios y su tierra, de su rey y su dama. El era quien cansaba la voz de la leyenda con sus hechos, el mismo que en singular contienda venció á aquel Caballero del Bosque, (caballero notable por la enorme nariz de su escudero). El era quien al pálido fulgor de las estrellas lanzaba hacia la noche sus íntimas querellas de amor, y se quedaba llorando sin reposo mientras partía Sancho, camino del Toboso... El era el más valiente y el más enamorado. Intrépido, animoso, gallardo, fino, osado, no había fama alguna de caballero andante con él cuando agredía jinete en Rocinante.

Y el bravo caballero sonreía al arrullo de tantos pensamientos que halagaban su orgullo. Célebre en todo el orbe, triunfante en toda guerra, él era como un brazo de Dios sobre la tierra.

Un áspero ronquido de profundos ronrones arrancóle de súbito á sus divagaciones. Sancho dormía. Echado bajo un frondoso arbusto, gozaba de su sueño con la quietud del justo. Rocinante y el rucio yacían á su lado. Vencidos por el sueño, sin penas ni cuidados, en un cariño mutuo juntaban sus orejas cansadas de oír siempre desafíos y quejas.

El viento rumoroso jugaba en el follaje, y había tal dulzura, tal calma en el paisaje, que don Quijote, lleno de la emoción más pura, suspiró largamente, y asió la empuñadura de su espada, pensando, sin duda, en Dulcinea, tan bella como ingrata...

De la vecina aldea llegaba en ese instante, como una caravana de trémulos sonidos, la voz de una campana!

Don Quijote, sintiendo temblar en sus oídos aquellos sonos largos, sonámbulos, perdidos, pensó que eran los días que él veneraba tanto, que aquella era la sacra tarde del Viernes Santo.

Aquella era la hora de la Pasión. Moría Jesús, Hijo del Hombre, Su trágica agonía duraba largas horas. El pueblo sublevado

gozábase en su angustia de Gran Crucificado. El pueblo redimido por El, rujía ahora, hambriento de su muerte, como una arrolladora marea. El pueblo alzaba sus manos asesinas riendo de ver á un Cristo coronado de espinas...

La campana seguía sollozando. Sus sones temblaban como extraños fragmentos de oraciones, y erraban extraviados, dispersos por los vientos como despavoridos enjambres de lamentos.

Don Quijote, llevado de sus sueños lejanos, sintió que le embriagaban éxtasis sobrehumanos. Tendió la vista inquieta por el vasto horizonte y vió léjos, muy léjos, sobre un abrupto monte perdido entre arboles, á las ambiguas luces del crepúsculo, alzarse tres solitarias cruces.

Cristiano viejo, el épico hidalgo visionario se hallaba en la presencia de un sangriento Calvario.

Era Cristo! El oía sus voces de esperanzas, veía sus costados abiertos por las lanzas; oía los insultos y las imprecaciones del pueblo, ante la cólera de escribas y sayones, las plegarias de Dímas, las blasfemias de Jéstas; veía á las mujeres subir las agrias cuevas del Gólgota, entre lágrimas, bajo el brutal sarcasmo de las turbas rabiosas, con sus hijos en pos... Veía, en fin, suspenso de admiración y pasmo, toda la dolorosa crucifixión de Dios.

Pero de pronto, oh rara y extraña maravilla! oh espeluznante y trágica visión de pesadilla! erá él, el Caballero de la Triste Figura, quien sufría el vejamen de aquella atroz tortura. Era él, el invencible, el sin par caballero, y estaba allí desnudo, clavado en un madero, inerme, desvalido, doliente, ensangrentado, befofo por los hombres, de Dios abandonado. Tenía sed, pedía, brindábanle las heces, y Sancho su escudero, le negaba tres veces... Turbas abyectas, ebrias de un colosal delirio, querían por si mismas consumir el martirio. Miserables que él mismo con su brazo amparara le llenaban de escarnio, le escupían la cara. Qué vergüenza! Qué oprobio! Don Quijote no pudo soportar é impetuoso manejó el ancho escudo sintiéndose con bríos de diez mil paladines. para acabar con todos aquellos*malandrines...

Y todo en aquel punto desapareció. Caía dulcemente la tarde del más hermoso día. Y el sólo vió á lo léjos venir por el camino á Cristo con su agreste bordón de peregrino. Era Jesús, él mismo! Su dulce faz serena, sus claros ojos bellos, su barba nazarena. Era Jesús, el mismo divino vagabundo que bajó de los cielos á redimir el mundo. Su túnica flotaba como sobre el abismo... Sus labios sourefan... Era el mismo! Era el mismo! Y don Quijote á punto de arrebatarle oía

sus pasos armoniosos en la quietud del día. Jesús se aproximaba mirándole. Sus ojos humildes le invitaban á templar sus enojos y él oyó que decían, aunque mudos, sus labios: «Despreciad las injurias y olvidad los agravios». Cómo encantaba el brillo de su mirada! Ahora él sentía en el alma como una luz de aurora. Jamás el Caballero de la Triste Figura había paladeado semejante dulzura. Cuán léjos sus ardores y su melancolía! El contemplaba á Cristo y Cristo le atraía... Después, llegado apenas, Jesús le dijo: «Hermano!» y él cayó de rodillas y le besó la mano.

Era de noche. Ahora la voz de la campana huía entre las sombras, cada vez más lejana, hasta cesar del todo.—El bravo caballero despertó de su éxtasis y llamó á su escudero. «Vamos!» le dijo. Sancho venciendo su pereza, quiso alegrar á su amo con alguna simpleza. Don Quijote, severo, le hizo callar... (El viento bailaba en el follaje con un compás muy lento)

Y ámbos, el uno triste y el otro algo mohino, montaron y partieron por el primer camino...

VÍCTOR DOMINGO SILVA

(De la Revista chilena *Xig-Zag*.)

El papel de los líquenes

El papel que desempeñan los líquenes (1) en la naturaleza es de una importancia primordial. Parece que su mayor ó menor abundancia depende del estado de pureza del aire. En la vecindad de las grandes ciudades, en donde el aire se halla más ó menos contaminado por los humos, se ven pocos líquenes en los troncos de los árboles. En los alrededores de París, por ejemplo, los árboles del Bosque de Boulogne, de Meudon, etc., casi

están desprovistos de ellos. En una nota publicada en 1866, el gran líquenólogo Nylander afirmaba que la alameda del Observatorio, en el jardín de Luxembourg, era, en esa época el sitio más sano de todo París, porque allí numerosos líquenes cubrían la corteza de los castaños.

En Bretaña, la vegetación de líquenes es de una amplitud no común; varias especies que muy rara vez fructifican en Europa, allí muestran los órganos reproductores; la mayoría se distingue por sus grandes dimensiones. En las ciudades de esta provincia, en donde las aglomeraciones industriales son bastante raras, hasta líquenes foliáceos (1) se encuentran en los árboles de los paseos.

(1) Todo el mundo ha visto esas especies de costras que a menudo revisten la superficie de las rocas, de las piedras, de las maderas viejas ó bien, la corteza de los árboles, de placas diversamente coloreadas, á menudo grises ó morenas, á veces de un amarillo intenso. Estas expansiones componen el *tabo* de los líquenes, formación ambigua de aspecto muy variado, que ha dado su nombre á un grupo completo: *Las talófitas*, que abarca las algas, los hongos y los líquenes.

El *tabo*, que constituye, en este grupo, el cuerpo de la planta, no posee más que caracteres negativos; allí no se reconocen con claridad ni tallos, ni hojas, ni raíces.

(1) Por la forma y los caracteres de los líquenes, se han dividido en cuatro grupos. Uno de ellos está formado por los líquenes *foliáceos*, que se ostentan en la superficie de la tierra, ó sobre los muros, las rocas, los troncos de los árboles; forman una placa membranosa, á menudo ondulada, con lóbulos, pliegues, y que con facilidad se desprende del objeto que le sirve de soporte.

Pero la importancia capital de los líquenes está sobre todo en que son creadores del suelo. Surge un arrecife en el seno de los mares, se desprende una roca del flanco de la montaña: aun cuando el aire ambiente contenga innumerables granos de fanerógamas, (1) miriadas de esporas de criptógamas vasculares, ninguna de esas semillas podrá germinar allí, porque le hace falta el suelo, en donde las raíces, los pelos absorbentes puedan hundirse y proporcionar al embrión el alimento necesario para su desarrollo. Los hongos allí no pueden crecer más por falta de principios hidrocarbonados (2). Algunas algas inferiores son las únicas capaces de vivir allí á espensas de la luz y de la humedad. Ellas comienzan, pues, á establecerse allí en los días húmedos y, en efecto, en todas las regiones del globo se ve la roca cubrirse de protococcus, noxtocus (3); no obstante su dominio será breve: vienen la sequía y el calor y esas algas desaparecen para reaparecer más tarde y de nuevo marchitarse. Pero si durante su efímera vegetación reciben las esporas de ciertos hongos, éste germinará en la superficie de esas algas inferiores, las envolverá con sus filamentos, y al mismo tiempo que de ellas se alimentará, las protegerá y les asegurará su permanencia. Por consiguiente, bajo esta forma de asociación de líquenes, una vegetación durable puede establecerse y se establecerá en efecto: el alga, en provecho suyo y en el del hongo, descompone el anhídrido carbónico del aire y hace la síntesis de los compuestos hidrocarbonados; el hongo, desorganiza la roca ayudado de sus filamentos y allí deposita, para él y para el alga, las sales necesarias en la síntesis rápida de las materias albuminoides con la ayuda de los hidratos de carbono.

Más tarde, conforme van muriéndose, los restos de líquenes se acumulan con las partículas de roca

desorganizada y el conjunto forma un suelo, en donde podrán desarrollarse los musgos; después, sobre ese suelo que de ese modo adquiere más espesor y se hace más fecundo, podrán germinar y crecer plantas provistas de raíces.

Repartidos por doquiera, los líquenes son, pues, en todas partes los creadores del suelo, y esta maravillosa asociación simbiótica (4) adquiere, en el orden de la naturaleza una importancia que de seguro ni sospecha el paseante que se impresiona á veces con los armoniosos colores con que los líquenes decoran las rocas, al ponerse el sol.

EMILIO GADECEAU

(*La Nature*, 6 noviembre. 1909. Artículo *La Symbiose des Lichens*).

El egoísta quemaría la casa del vecino con tal de cocinar un huevo. LORD BACON.

La tradición de la Verónica

Una tradición difundida por toda la cristiandad, atestigua que cuando Jesús se dirijía al Gólgota, abrumado bajo el peso de la cruz, una mujer, llamada Verónica, le ofreció su pañuelo para que se limpiara el sudor del rostro, y que la faz dolorida del Salvador había quedado estampada en el lienzo. De la verdad de esta tradición no duda al presente ningún fiel cristiano. Los calendarios santifican á Verónica, los predicadores ensalzan su piedad, la pintura reproduce el episodio y lo canta la poesía. Entre tanto, los evangelios apócrifos, (2) que relatan hechos nimios de la vida de Jesús, que enumeran los tirones de oreja que San José

1. Los seres organizados mantienen entre sí algunas relaciones: la fecundación de los vegetales á veces depende de la presencia de ciertos insectos, aun de ciertos pájaros, en ocasiones: los órganos de vegetación de ciertos árboles protegidos por escoltas de hormigas defensoras, á las cuales ofrecen, por su parte, alimentos: los peces pueden contribuir á la distribución de las semillas de las plantas acuáticas, en cambio del alimento y de escondrijos que éstas les proporcionan.

Estas relaciones entre seres que pertenecen á clases tan distintas, en el orden de la naturaleza, tal como lo comprendemos, se facilitan entre los fenómenos de *symbiosis* (s i m: con y b i o s: vida). Objeto bien claro de estas relaciones es la satisfacción recíproca de necesidades biológicas, de modo que cada uno de los asociados saca, en esta alianza, su ventaja personal.

2. Aquellos que la Iglesia no ha reconocido.

1. Plantas que tienen flores. Criptógamas las que no tienen flores. Criptógamas vasculares son aquellas plantas como los helechos; la cola de caballo, el licopodio, que tienen tallo, raíz y hojas más ó menos transformadas.

2. Sustancias orgánicas compuestas de hidrógeno, carbono y oxígeno.

3. Algas diminutas.

le daba para castigarle por sus desobediencias infantiles ó para arrastrarle á la escuela, no hacen la menor alusión al incidente de la Verónica. Igual silencio guardan los evangelios canónicos, apesar de que en cada uno de ellos se trató evidentemente de recoger la totalidad de las tradiciones relativas á la pasión y muerte del Mesías. Tampoco mencionan el hecho los padres de la Iglesia y los demás escritores eclesiásticos, los cuales siguieron recogiendo las nuevas tradiciones que se iban formando dentro del ciclo evangélico. Por último, Bollandus, citado por Tillemont, no ha encontrado rastro de esta absurda fábula sino desde el siglo XI de nuestra era. Cual es, pues, su origen? Sino hay constancia alguna del suceso, debemos tener por cierto que la tradición ha nacido de algún hecho posterior.

En efecto, hacia el siglo XI, había en una iglesia de Roma, un lienzo que tenía pintado en su centro un rostro humano; al márjen la leyenda decía *Vera Icon* y la pintura era conocida con el nombre de la Santa Faz. Como se ignorase dónde, cuándo, cómo y quién había pintado aquel lienzo, el vulgo, siempre inclinado á suplir la verdad que ignora con la imaginación que le sobra, ideó el episodio con todos sus detalles: la fatiga sudorosa del Señor, la condolencia de una mujer valerosa, el pañuelo prestado, la faz estampada; para hacer más verosímil el relato dió á la santa imaginaria el nombre de Verónica, acomodando la leyenda del lienzo, *Vera Icon*, que quiere decir Verdadera Imagen!

VALENTÍN LETELIER (1)

La Evolución de la Historia, Vol. I, págs. 51 y 52.

El apoyo mutuo

Cuando un árbol está solo, es combatido por los vientos, despo-

jado de sus hojas; y sus ramas, en vez de elevarse, se inclinan como si buscaran la tierra.

Cuando una planta está sola, no encontrando abrigo contra los ardores del sol, languidece, se seca y muere.

Cuando el hombre está solo, la fuerza del poderosole inclina hacia la tierra, y la codicia de los grandes de este mundo absorbe la savia que le nutre.

No seais, pues, como la planta y como el árbol solitarios. Uníos los unos á los otros; apoyaos y protegedos mutuamente.

Mientras esteis desunidos y no piense cada uno más que en sí, no debeis esperar sino sufrimientos, desdichas y opresión.

Quién más indefenso que el gorrión y más débil que la golondrina? Sin embargo, cuando se presenta el pájaro de presa, las golondrinas y gorriónes consiguen vencerle juntándose á su alrededor, y persiguiéndole todos juntos.

Tomad ejemplo del gorrión y de la golondrina.

LAMENNAIS (1)

El Libro del Pueblo, Cap. VII, p. 138.

(Envío de Rubén Coto).

Una virtud oscura, reacia y fría muy poco merece este nombre. La virtud sabe amar y no odiar. ALF. JANDRA DE FRANKENSTEIN.

Judas y Cia.

Cometemos una grave injusticia con Iscariote creyéndole más perverso que la misma perversidad. Judas no era sino un vulgar avaro de dinero, y, como todos los avaros, no comprendía á Cristo; no podía aquilatar su valer y su grandeza. No quería que se le matase. Fue presa del más terrible horror al saber que Cristo había sido condenado á muerte, y arrojó en el acto lejos de sí su dinero y se ahorcó. Cuántos, según vuestra opinión, de nuestros actuales buscadores de dinero hubieran hecho lo mismo, cualquiera que fuese el condenado

(1) Eminente publicista chileno y autor de tres obras fundamentales en su género: *La Evolución de la Historia*, *Filosofía de la Educación* y *Ensayo de Onomatología*.

(1) Uno de los más ilustres filósofos modernos y uno de los más valerosos y entusiastas defensores de la democracia.

á muerte? Pero Judas era vulgar, torpe, egoísta y ladrón, y con la mano siempre puesta en el bolsillo de los pobres, no importándole nada de éstos. No comprendía al Cristo; sin embargo, creía en Él mucho más que la mayor parte de nosotros; le había visto hacer milagros; le creía asaz fuerte para librarse por sí solo, y creía que él podía sacar de la aventura sus pequeños beneficios. El Cristo saldría de todo aquello sin gran embarazo y él tendría sus treinta dineros. Así es como razonan todos los buscadores de dinero en el universo entero. No odian á Cristo, más no pueden comprenderle. No se inquietan por Él, pero tampoco ven nada de benéfico en su propaganda; mas en todo caso sacan su provecho, venga lo que viniere. Igualmente en toda colectividad de hombres existe siempre un cierto número de hombres metalizados, de éstos para quienes el salario es lo primero y el objeto esencial es ganarlo. Y lo ganan en verdad; lo ganan por toda clase de medios desleales, principalmente por el peso y la fuerza misma del dinero ó de esto que se llama potencia del capital; es decir, el poder que el dinero, una vez ganado, ejerce sobre el trabajo del pobre, á pesar de que el capitalista puede apropiarse todo el producto, no siendo el alimento del trabajador. Este es el procedimiento del Judas moderno: «llevar la bolsa» y «guardar lo que hay dentro de ella».

JOHN RUSKIN

De las *Obras Escogidas* (1) Vol. II págs. 267 y 268. Trad. y selecciones de «La España moderna.»

La vida debe ser intensa y expansiva al mismo tiempo, y de este modo será generosa y fecunda. JAMES LINDSAY.

Epilogos

Los geófagos (Comedores de tierra). — Abundan en el continente americano. En las regiones más setentrionales, á lo largo del Ma-

(1) Antología preciosa que recomendamos á los jóvenes que deseen conocer, en parte al menos, la variada y siempre magnífica y edificante obra de uno de los más grandes pensadores del siglo XIX.

ckenzie, se encuentra una arcilla plástica, que siendo fresca, la comen los indios Chippeways, en las épocas de penuria. Los indios Apaches de ella se nutren igualmente y la emplean también como condimento para suavizar el amargo de las patatas. En todo Centro América y en México especialmente, hay un gran consumo de *tortillas* compuestas con harina de maíz mezclada con una gran cantidad de cal, lo que provoca violentas enfermedades del estómago.

En Guatemala se come dos clases de tierra, la amarilla y la gris. Antes se vendía en Martinica á los negros pasteles de arcilla. Los geófagos abundan en el Paraguay, en Chile y en otros países de la América del Sur. En Nubia se emplea la arcilla como medicina. El Museo de París posee una gran variedad de muestras de tierras comestibles recogidas en las Indias Neerlandesas y en Tonkin. Los geófagos, debido á esta alimentación, presentan síntomas característicos: vientre flojo, flacura general, color amarillo de ictericia, hinchazón del hígado, anemia, debilidad malarica. No se sabe con exactitud cuales son las causas que originan la geofagia. Ernesto Mancini la atribuye á falta de otros alimentos, á la aberración del gusto, á un estado enfermizo especial, á creencias supersticiosas que aun no han logrado desaparecer.

[*Nuova Antologia*, Roma, 16 En. de 1910].

Conducta tímida.—Para que se vea hasta dónde puede hacer tímidas á las personas una educación que se funda sobre la autoridad, citaré el ejemplo de Descartes:

Había concluido UN TRATADO DEL MUNDO en el que debía hablar del movimiento de la tierra. Habiendo sabido la condena de Galileo, resolvió no publicar dicha obra. He aquí lo que escribió á su amigo: «Por nada del mundo querría que de mis manos saliera un estudio en el que se hallara la más mínima palabra desaprobada por la Iglesia, preferiría mejor suprimirlo antes que dejarlo salir estropeado. (20 Nov. 1633).

Además: «Todas las cosas que

explicaba en mi tratado, aun cuando las hubiese apoyado en demostraciones muy ciertas, muy evidentes, sin embargo no habría querido por nada sostenerlas contra la autoridad de la Iglesia».

Qué habría sido de la ciencia si todos los sabios hubieran procedido como Descartes!

ALPHONSE DE CANDOLLE

Hist. des Sciences et des Savants, P. 125.

La humanidad futura y las fuerzas naturales.— Algunos especialistas gozan soñando con minas que ofrezcan tantas garantías de higiene y seguridad como una oficina instalada con todas las comodidades modernas. El empleo del acero, de la argamasa (mezcla) de la electricidad, del oxígeno, la aplicación de los recientes descubrimientos en química, en física, en higiene del trabajo, transformarían el infierno de las minas en un sitio casi habitable. Todas estas bellas cosas no bastarían para satisfacernos. Lo que deseamos, lo que reclamamos en nombre de toda la raza, es que nuestros hermanos los mineros eviten el descenso á la mina. Dirigiéndose á la inteligencia de los obreros, un excelente periódico americano, *Solidarity*, les pedía que se formaran una concepción extensa y precisa de las varias fuerzas que se manifiestan á nuestros ojos y que mañana estarán al servicio de una humanidad libre de cadenas. Ya vemos las dichosas ventajas que la industria ha sabido sacar del empleo de la hulla blanca ⁽¹⁾ en estos últimos años. Podemos comparar la rueda hidráulica de antaño con la turbina moderna, esta maravilla que ya destrona la hélice en la navegación trasatlántica. A pesar de todo el desorden y empirismo que caracterizan la producción capitalista, la cantidad de fuerza motriz que el agua de las cascadas ha proporcionado ya al hombre moderno es, por decirlo así, incalculable. Las distancias que la potencia eléctrica puede sal-

var han ido aumentando poco á poco. El límite de 300 kilómetros ha sido superado hoy y los electricistas cuentan con llevarla hasta 800 kilómetros de distancia. El profesor Carlos Gide, que sueña con una «era alegre de la hulla blanca» en nuestro siglo, decía una vez que llegará un momento en que los hombres tendrán que entenderse y unirse para el disfrute de esta inmensa fuerza natural...

En una humanidad conciente, tomaremos de las fuerzas naturales la cantidad de potencial que necesitamos, según nuestras necesidades locales, sin que la belleza y la armonía del ambiente se sacrifiquen lo más mínimo. Aspirando á una sociedad en que los dolores que sufrimos sean todos comunes á la raza, consagrémonos desde hoy á destrozarnos nuestras viejas cadenas de servidumbres evitando cuidadosamente forjarnos otras nuevas.

ARISTIDES PRATELLE

Les Temps Nouveaux, 5 de Feb. 90.

—El hombre primitivo es en extremo conservador. Aun cuando contrastamos las razas superiores, unas con otras; aun cuando contrastamos las diferentes clases de la misma sociedad, es de observarse que las menos desarrolladas, son las más adversas al cambio. Entre la gente común es difícil introducir un método mejorado; aun les disgusta una nueva clase de alimento. Su sistema nervioso siendo más simple, pronto pierde su plasticidad, y es menos susceptible de seguir una manera modificada de acción. De ahí la adhesión inconciente y decidida á aquello que está establecido.

HERBERT SPENCER

No temamos repetir lo que es necesario que se sepa; hay cosas que es preciso remachar en la cabeza de los hombres á golpes redobladlos.

—VOLTAIRES.

1. El agua.